

Platón · Casto Rojas · Tambor Vargas · Alfredo Bryce Echenique · Araceli Rico
Antonio Cisneros · Hernán Casciari

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 448 Oruro, domingo 18 de julio de 2010

FUNDACION

ZOFRO
CULTURAL



Invierno. Tempera sobre cartón 70 x 40
Erasmo Zorzuela

Reflejo

¿Te has dado cuenta de que el rostro del que mira a un ojo se refleja en la mirada del que está enfrente, como en un espejo en lo que llamamos pupila, como una imagen del que mira?... Luego el ojo al contemplar a otro ojo y fijarse en la parte del ojo que es la mejor, tal como la ve, así se ve a sí mismo... Entonces, si el alma está dispuesta a conocerse a sí misma tiene que mirar a un alma, y sobre todo a la parte del alma en la que reside su propia facultad, la sabiduría... Por consiguiente, mirando a la divinidad empleamos un espejo mucho mayor de las cosas humanas para ver la facultad del alma, y de este modo nos vemos y nos conocemos a nosotros mismos.

Platón en: *Diálogos*

Antes que el olvido lo olvide:

Recuerdo de Paquita Sánchez

En París, el año 1907, conocí a Paquita Sánchez, la compañera romántica del gran poeta Rubén Darío. Con Moisés Ascarrunz fuimos a visitarlo en su residencia en la Rue de Rome, donde estaba instalado el Consulado de Nicaragua, a cargo de Rubén. Allí nos abrió la puerta una joven y graciosa ama de casa. Era la señorita Francisca Sánchez, encargada del Consulado que nominalmente ejercía el poeta.

Grande fue mi sorpresa al ver que la gentil *consulesa*, dilatados los bellos ojos por la inesperada visión de un viejo amigo, abrazó y besó a Moisés Ascarrunz en un transporte efusivo inexplicable para mí.

—¡Oh! Moisés, ¡tú, aquí!

—¡Oh! Paquita, para mí es mayor y más grata la sorpresa. ¡Vengo a ver a Rubén y te encuentro a ti...!

Pasados los mutuos entusiasmos, fue introducido Ascarrunz a la habitación de Rubén que se hallaba todavía en pijama.

Fue igualmente afectuoso el sorprendente encuentro de los viejos amigos, hermanos espirituales, cuya íntima relación, iniciada en la bohemia de Buenos Aires, fraternalmente estrechada por la vida en común en la Legación de Bolivia en Madrid, a cargo del Ministro Ascarrunz en 1897, tenía ahora, diez años después, un episodio de vida romántica en París.

Largo fue el coloquio de los viejos camaradas, hermanos en la literatura y en la vida galante, hasta que se convino en celebrar el feliz encuentro con un almuerzo en el viejo y célebre restaurant *La Tour d'Argent*, que ostentaba la fotografía y un soneto de Rubén en la portada del menú tradicionales.

Con visible desagrado de Paquita, temerosa de que esta excursión a la maldita taberna fuera un comienzo fatal para ir nuevamente a Palma de Mallorca en vacación antialcohólica, nos encaminamos allá con la alegría digna de la grata celebración.

Pasado el episodio de la taberna, llegó la hora de los comentarios y las confidencias de Moisés Ascarrunz, acerca de su vieja y fraternal relación con Rubén Darío.

Cuando el poeta tuvo un entredicho con el gobierno de Nicaragua que lo exoneró del consulado en Madrid, Moisés Ascarrunz le invitó a vivir en la Legación de Bolivia.

En tan agradable residencia, Rubén vivió largo tiempo, no como huésped eventual, sino en calidad de hermano, espiritualmente incorporado a la familia Ascarrunz-Flores. Doña



Emilia Flores de Ascarrunz, dignísima esposa del Ministro de Bolivia, atendió maternalmente al poeta que vivía alegre y descuidado como un niño grande.

Servía a la señora Ascarrunz, en calidad de empleadita especial de compañía, una joven madrileña, Francisquita Sánchez, simpática, graciosa e inteligente, como son casi siempre las muchachas de la clase media de España.

Con la fina perspicacia femenina, doña Emilia se dio cuenta de que entre Paquita y Rubén había un comienzo de idilio poético, que prosaicamente podía llamarse lío galante. Ella recitaba algunos versos del poeta y éste se complacía en dedicarle alguna estrofa.

También la señora de Ascarrunz, con la fina franqueza femenina que impone el deber de cuidar el respeto del hogar, dio una honrosa carta de retiro a su joven empleadita. Rubén, por su parte, dándose cuenta del caso delicado, siguió los dulces pasos de retiro de Paquita, dando las cumplidas gracias a sus amigos fraternales por la acogida que le habían dispensado en su noble hogar.

Desde entonces, Paquita no fue sólo la compañera secretaria, ama de casa y *consulesa* cuando Nicaragua revalidó el título consular del poeta en París, sino que ejerció la misión providencial de ser la protectora de aquel niño grande, alegre y descuidado que fue el gran Rubén Darío.

Casto Rojas. Cochabamba, 1879 – 1973. Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua y de la Historia

el duende
director: luis urquiola m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez e.
erasmo zorzuela e.
adolfo cácora r.
coordinación: julia garfía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 6270816-6288500
elduende@zofro.com
lurquiola@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Desde mi rincón:

De materia judaica

TAMBOR VARGAS

Hablar de los judíos casi nunca resulta ni fácil ni grato, tal es la fuerza y el peso de los 'controles' que la etnia judaica tiene montados a lo largo y ancho del mundo, acechando (de hecho, censurando) cuanto alguien escribe o habla. La respuesta suele ser rápida y contundente; para ello cada vez más han ido echando mano de un argumento que se llama 'antisemitismo'. En realidad, el término 'argumento' le viene ancho, pues no suele ir acompañado de algún tipo de razonabilidad: simplemente lanzan la saeta que no les place, dando por supuesto (¡que mucho es suponer!) que estampada la palabrita, tiene asegurado el efecto. Y éste no es otro que condenar a la vergüenza mundial (hasta cósmica) de quien ha osado expresar alguna consideración menos placentera para éstos o aquéllos, para los de aquí o de allí, con relación a este o aquel asunto, siempre *quodammodo de iudais agens*.

A quien le sea conocido lo anterior y comparta mi forma de verlo, habrá de recibir como una bendita y reconfortante brisa la lectura de la *Lettera a un amico ebreo* (Milán, TEA, 2004, 179 p.), del diplomático y periodista italiano Sergio Romano, típico representante de aquella especie de finísimo intelectual con que ha abundado la cultura italiana; especie, ¡ay!, amenazada de extinción.

La presunta modalidad epistolar que lleva a pensar el título, no corresponde con la realidad. El libro se compone de una serie de 21 capítulos en los que el autor se enfrenta y trata de situarse orientando al lector sobre otros tantos temas, episodios, personalidades y conflictos en los que los judíos han jugado o juegan algún papel. Entonces, ¿por qué 'carta'? Como Romano explica sin lugar a dudas, detrás de ese 'amigo judío' están dos de sus reales amigos judíos verdaderos: Roger Weiss y Vittorio Segre (p.41). A los lados de ese rosario de ensayos, encontramos, por delante, tres textos también del autor (una justificación de esta nueva edición de 2004; un prólogo para una nueva edición, no indicada y sin fecha; una 'nota previa' en que explica cabalmente sus relaciones con Weiss y Segre); por atrás, una 'nota bibliográfica' en que ofrece una apretada bibliografía comentada de los temas abordados. Y, nueva muestra de soberana civilidad, el volumen se cierra con un práctico índice onomástico.

En este mosaico encontramos una serie de capítulos con pretensiones de reconstruir periodos de la historia (de una u otra forma, desde el siglo XVI hasta el XX); otros se centran en figuras que de una u otra forma han estado cercanas a Romano: Arnaldo Momigliano, Paolo Orano, Primo Levi, Juan Pablo II, etc.; con capítulos propios o con una presencia implícita en otros, el 'holocausto' sobrevuela con frecuencia los temas abordados; también en diversos pasajes salen a relucir los equívocos del anti-semitismo y las no menos ambiguas relaciones de la izquierda con el mundo judaico; el fenómeno del 'sionismo', su realización en el estado israelita y sus ambiguas militancias justificatorias de su injustificable política anti-árabe, también atraen la curiosidad y la reflexión lúcida de Romano.

Vemos, pues, que Sergio Romano no elude ningún aspecto escabroso tocante a los judíos; y lo hace con la única actitud que resulta intelectualmente respetable: con la de la verdad y la libertad (cf. por ejemplo, pp. VIII-IX, 60, 80, 111-112, 165...). Y no trepida en asentar juicios y opiniones a las que más de una de aquellas 'torres de vigilancia' endilgaría el sanbenito de 'anti-semitas'. Lo hace, por ejemplo, a propósito de la pretensión hebrea de la 'unicidad' e 'incomparabilidad' del intento de aniquilación por parte del nazismo germánico (pp. 13-16, 43-45, 55, 59, 123-124), tema en el que uno se pre-

gunta si también figura la de su 'irrepetibilidad'; o sobre si los judíos anti-sionistas cayeron también en el anti-semitismo (93-94). Otro tanto se podría decir de las diversas formas que puede adoptar el 'chantaje judío' (pp. VI, X, 5, 118, 163). Aun así, la debilidad humana hace que, a veces, también Romano acabe marcando el paso ante los 'mitos de la tribu' (p. ej. a propósito del 'genético' anti-semitismo cristiano y, peor aún, de los 'arrepentimientos' católicos desde Juan XXIII en adelante, donde resulta a fin de cuentas poco convincente y aun puede llegar a desbarar, pp. 6-8, 122-123, 153-156). En otros casos, pierde el oremus como cuando se atreve a distinguir entre un racismo 'biológico' y otro 'cultural' (p. 122), probable víctima del gusto actual por hablar a mansalva de racismo (como si éste fuera la causa de cualquier conflicto humano).

Pero aun con estos puntos de posible discrepancia, el tono general me parece altamente benéfico para el lector. Y esto es lo que debe destacarse.

* * *

El hecho de que desde los siglos medievales hasta el siglo XX la nación judía haya quedado vinculada a determinadas ocupaciones económicas, es un dato de suma importancia para poder comprender la naturaleza y la complejidad del concepto



histórico de 'anti-semitismo' (concepto actualmente manipulado a gusto de los interesados). Es lo que el historiador Jerry Z. Muller ha querido mostrar, entre otras cosas, en el pequeño volumen *Capitalism and the Jews* (Princeton, Princeton University Press, 2010, 267 p.).

Una de sus primeras tesis es cabalmente la secular vinculación histórica de los judíos con la práctica de la usura (entendida, con frecuencia, de una manera en la que tienen poco peso las tasas de interés cobradas); no sólo vinculación, sino verdadera satanización y fuente de una odiosidad generalizada contra ellos. Se puede entender que si la interpretación procedente del Antiguo Testamento era desfavorable a la práctica de la usura y, por ello, a quienes la practicaban, la Iglesia Católica (después, también las nacidas de la Reforma) cayera en una especie de maniqueísmo: la prohibía a sus fieles con el veto del pecado grave, pero (ella, lo mismo que los monarcas católicos) reconocían también su necesidad o sus bondades en manos de los judíos ('forasteros' al cuerpo social de referencia). Así llegó a convertirse en un oficio de los 'descastados', pero tolerado; y al mismo tiempo, oficio que legitimaba su 'descastamiento'.

Otra tesis llamativa, en parte derivada de la anterior, es la tradicional animadversión que la izquierda socialista demostró

a los judíos (empezando por Marx y siguiendo en Lenin... hasta mucho más allá de Stalin): como efecto, en parte de la guerra que habían declarado al capitalismo; en parte, del papel fundamental que atribuían a los judíos. Y aun en su forma postreligiosa, la izquierda seguía viendo premodernamente en los prestamistas y comerciantes una muestra de 'parasitismo' (p. 117).

Pero en el papel de los judíos en el desarrollo del capitalismo, aquéllos no se limitaron a reaccionar a unas circunstancias impuestas, sino que —como señala el autor— también han jugado otros factores de lejana data: desde el carácter 'intelectual' del judaísmo ('religión del libro'), imponente trabajo hermenéutico sobre las fuentes y, luego, sobre sus mismas interpretaciones, que a través de las generaciones fue predisponiendo para la 'racionalidad moderna' presuntamente ligada al capitalismo; hasta llegar a su 'capital humano': que entre otras cosas incluye la capacidad para las 'inversiones a largo plazo' y el gusto por la renuncia a las satisfacciones inmediatas (condición de posibilidad de la 'acumulación de capital'); quizás a todo esto hubiera que añadir la 'cultura nómada' que se fue decantando tras tantas persecuciones y discriminaciones, creadora de una fácil disponibilidad para el cambio y la innovación; es decir, para el 'volver a empezar'.

En resumen, en contra de M. Friedman, el autor piensa que los judíos apoyaron tanto como combatieron el capitalismo, aunque matizado de acuerdo a las condiciones que les eran impuestas y a las oportunidades reales de emancipación que cada sociedad les ofrecía. Y la mayoría bien votando con los hechos a favor de la integración en la sociedad que los cobijaba (en este sentido, el sionismo fue un fenómeno internamente marginal, tesis en la que es interesante señalar que coincide Romano).

Sin embargo, también es un hecho que las filas marxistas se nutrieron de judíos en una proporción muy superior a la de su peso demográfico: esto fue especialmente verdad en Europa oriental, donde el movimiento emancipador e integrador se encontraba más atrasado y combatido; a este tema el autor dedica totalmente el cap. 3. El caso emblemático fue la revolución soviética de 1917; con la otra cara trágica de la medalla: la mayoría pagó con la propia vida su opción 'progresista' (las revoluciones, no sólo la soviética, se suelen comer a sus propios hijos); no fue más gloriosa la participación judía en los intentos de soviétización en Alemania y en Hungría (1918-1919), que a la postre fueron importantes factores de crecimiento del 'anti-semitismo'. Pero Mueller también sigue las huellas de la militancia judía hasta después de la II guerra mundial. El resultado suele ser siempre el mismo: los comunistas judíos son más que lo que cabría esperar de su proporción demográfica en el ámbito de referencia; pero nunca representaron a la mayoría. La impresión de representatividad es un espejismo óptico (su visibilidad 'pública' y el 'ruido' que causan siempre invitan a confundir lo que se ve con lo que es). Claro que Mueller no toma en cuenta otros aspectos del verdadero 'enigma judaico' y sobre el que ya hace muchos años escribí unas páginas (cf. *Auñetos de fe*, Cochabamba, 1983, pp. 137-142) que no me parecen trasnochadas.

De todas formas y dentro de sus profundas diferencias, ambas obras me parecen particularmente interesantes e iluminadoras de la 'cuestión judaica' en Occidente.

De regreso del infierno

Reproducimos un capítulo de 'Permiso para sentir', libro donde el narrador peruano Alfredo Bryce Echenique, una de las figuras más importantes de la literatura latinoamericana, narra sus recuerdos o 'Antimemorias'. Entre el 7 y 10 de julio, el autor participó del Encuentro Latinoamericano de Escritores organizado por el Centro Simón I. Patiño de Cochabamba.



Definitivamente, soy al revés. Mis novelas, por ejemplo, se han tropezado siempre con los hechos reales como si éstos fueran un obstáculo para la vida misma de sus personajes y de su autor, y el menor asomo de un dato objetivo puede dejarme totalmente paralizado y sin ganas de escribir, cuando tengo mi ficción ya bastante elaborada. Recuerdo, por ejemplo, el plano de la ciudad de Montpellier que conservé desde los años en que viví en esa ciudad, pensando que me sería útil el día en que quisiera situar la acción de algún cuento o novela en ese hermoso escenario del sur de Francia. Pero, maldita sea, el día en que imaginé al personaje de Max Gutiérrez y puse en marcha el largo proceso de preescritura que precede a todas mis ficciones y que, en este caso preciso, desembocaría finalmente en *Reo de nocturnidad*, recordé aquel plano de Montpellier, lo busqué, lo encontré, feliz, lo coloqué en el suelo, lo abrí, lo desplegué cuan grande era, y, al ver que iba a tener que lidiar con tanta realidad, y podría decir, también, con tanta verdad, me aterró, lo plegué y arrugué hasta reducirlo a su mínima dimensión, y lo hice desaparecer lo más rápido posible. Pero, aun así, aquella instantánea visión del Montpellier real y, digamos, topográfico me abrumó, me llenó de desánimo y me tuvo paralizado durante largos meses en lo que a la puesta en marcha de aquella novela se refiere. Recuerdo que llegué a creer que aquel libro había muerto antes de nacer, inclusive, y es cierto que tuve que esperar un buen tiempo antes de que Max Gutiérrez y su mundo insomne volvieran a asomar la nariz y a dar señales de vida literaria. Y por supuesto que ni a Max ni a sus compinches novelescos me atreví a mostrarles nunca jamás aquel maldito plano de la ciudad en que vivían, para mí.

Con Lima, en cambio, no he tenido mayor problema, desde que, además de todo, algún día leí que existen los turistas al revés, o sea aquellos que buscan precisamente aquello que no existe. Y es que la ciudad de Lima que yo viví y recorrí tanto, antes de marcharme a Europa, prácticamente desapareció íntegra en los treinta y cuatro largos años que estuve ausente. Por la Lima de hoy me he paseado días o tardes enteras enterrando datos y lugares para siempre, creo, aunque nunca recuerdos o sentimientos tan profundos como remotos. Y, así, he visto la casa en que nací, pero no es ésta ya la casa en que yo nací, no, ni hablar, y he visitado la casa de mi primer amor, por dar sólo un ejemplo más, pero la casa me respondió tan clara y contundentemente que ya ni siquiera estuvo ahí, pues había otra nueva en su lugar y punto. En fin, y así calles y plazas y barrios enteros. Y también la ciudad entera, por qué no.

O sea que ahora lo malo, o lo lindo, que de las dos cosas hay, o lo trágico y lo divertido también, por qué no, ha sido la manera en que primero he descrito, en un artículo o en mi última novela, lugares que apenas vislumbé o conocí hace mil años, y, lo juro, cuando he ido a visitarlos los he encontrado bastante parecidos a lo que yo he querido contar, cuando menos. Y una tarde del verano de 2002, una tarde de febrero, para ser bien preciso, me recorrí íntegros La Victoria y los Barrios Altos, bastante dantescos, ambos, por momentos, y realmente tuve la sensación, al terminar ese largo paseo y emprender el retorno, de estar de regreso del infierno, aunque parte de esta sensación provenga, debo reconocerlo, de mi propio despiste y del apresuramiento literario con que generalmente enfrente un mundo cuando éste me es hostil o simplemente me agrede con su fealdad o su chatura y aburrimiento.

Por la Victoria y Barrios Altos anduvimos Anita, mi linda

Anita, y yo —ella al volante y yo “a los comentarios”— nada menos que un día de carnaval. Vimos la miseria de otras importantes barriadas de la ciudad, pero en su salsa de carroña, por decirlo de la manera más literaria, y aludiendo a la frase de Mario Vargas Llosa, que hice cien por ciento mía, aquella tarde, según la cual los escritores somos como los buitres y nos encanta alimentarnos de carroña —para luego defecar en nuestros libros, me imagino—, en lo que sería, según esta lógica, el acto mismo de la creación literaria. Porque meterse por la Victoria y los Barrios Altos en pleno carnaval, pero ignorándolo, es ser observador y buitre, al mismo tiempo, turista al revés y bulímico gustador de carroña, todo a la vez. Y por ello estoy seguro de que Anita, que sí sabía que estábamos en pleno desborde carnavalesco-popular, y muy muy pobre, también, prefirió dejarme feliz con mi infelicitísima ignorancia, y dejó de informarme durante buena parte del trayecto de que andábamos en épocas del rey Momo. Ella es una lectora aguda y sensible como pocas, y también mujer comprensiva como poquísimas, y seguro que me vio tan satisfechamente espantado y buitre que decidí que, bueno, que cada loco con su tema. Y fue así, gracias a ella, en el fondo, como tantos escenarios de mi novela del momento se parecían tanto a mi libro y a sí mismos, paralelamente, y sin que yo hubiera tenido nunca nada que ver con ellos en mi vida.

Todo el mundo estaba embetunado y enbarrado y empapado en el infierno que íbamos atravesando en mi automóvil, ella al volante y yo de comentarista-buitre, bien agarrado a las ramas del árbol de mi espanto, mientras unos muchachos que jugaban voleibol-carroña ni se fijaban en nosotros, aunque, muy profesionalmente, eso sí, elevaban la red para que pasara nuestro automóvil, justo en el instante en que íbamos a arrasar ese trozo del infierno. Y el fútbol, Dios mío. Pues el fútbol lo juegan por ahí en canchas de carroña y tan embadurnados los cracks de ambos equipos, que, la verdad, imposible detectar quién pertenece a un equipo y quién al otro, aunque todos corren como locos por la pelota, como locos sueltos, sí, y con una pasión y entrega que, estoy seguro, hace siglos ningún aficionado peruano ha visto en los miembros de la selección nacional de fútbol, y con mucho más riesgo y habilidad, también, por supuesto, porque había pases en los que la pelota quedaba debajo de mi auto y ellos como si nada, se metían entre las ruedas sin manchárnelas de betún siquiera, y de entre las ruedas y la muerte por atropello salían airoso con la pelota y continuaban con su corrida rumbo a la inmortalidad futbolera y callejera, gol-gol-gol-gol-gol, resbalándose entre charcos de agua y lodo y carroña para escribir, mientras, además, en cada cuadra o en cada manzana había una o dos piscinas de plástico florido y meadísimo, seguramente, algunas inmensas y otras para el bebe solamente, aunque en todas por igual chapaleaban pintarrajeados niños, jóvenes y adultos, mamapanchas semi-

desnudas y adolescentes neorrealistas en su inmundicia juventud y empapada silueta mal alimentada, desgraciadamente. Pero era carnaval y eran felices, muy felices, mientras que yo era un buitre bastante fracasado ya, sobre todo desde que me enteré de que aquel infierno, con ser infierno, no lo era del todo, aunque la miseria de algunos edificios tugurizados y la amenaza de mil incendios y derrumbes sí fuese absolutamente espantosa y dantesca e infernal. Pedí chepa, como en los viejos tiempos, y le dije a Anita que regresáramos ya, que nos fuéramos a la parte noble de la Lima antigua y nos purificáramos con una buena lavada de manos, cuando menos, y un par de copas en algún lugar limpio y bien iluminado, como decía Hemingway, en aquellos relatos suyos a veces tan tremendamente nihilistas.

Fuimos a dar al viejo Hotel Maury, que nunca se sabe si ha vuelto a abrir o ha vuelto a cerrar. Pero la puerta principal estaba abierta y los importantes espejos de antaño colgaban por ahí y alguna luz encendida era como una señal de vida y esperanza. Nos dirigimos al bar, aunque yo antes me dejé ganar por el buitre que aún me habitaba y emprendí el camino escaleras abajo, como quien le busca su lado infernal al asunto. Y me perdí por amplios corredores de hermosas puertas y todo estaba tan limpio como absolutamente cerrado. Pero nada me impresionó tanto con la impecabilidad de un baño inmenso, tan limpio como bien iluminado, aunque sin duda en ello estaba precisamente su nihilismo y su *la nada*. Ésta es blanca, como la ballena de Melville, y como todos sabemos, también, o sea que hui desparavido, pero fui a dar con una *nada* metálica y gris, para mí asombro —la cocina del hotel—, limpiísima y sumamente abandonada, como todo lo demás, aunque debo decir que el infierno del Maury tiene varias escaleras de escape, sin duda por aquello de que la antigüedad es clase, *forever*, y de que, por más domingo al atardecer y sótano y parálisis y angustia que se hubiese ido acumulando ahí, siempre debía haber un ama de llaves de los buenos tiempos idos, o alguien enviado del cielo para redimir a algún cliente extraviado, sediento, y con las manos recién lavadas. Pero no era así, y cuando regresé al primer piso y busqué a Anita en el bar, ella ya había sido muy educadamente convencida de que ése no era el lugar que yo buscaba. No, no era ni un lugar limpio ni tampoco bien iluminado. Ni se preparaba el pisco sauer de otros tiempos ni los propietarios eran ya los mismos y en todo el local no íbamos a encontrar la calidad que merecíamos.

El buen hombre que me repetía ahora muy respetuosamente todo el triste discurso que ya Anita había escuchado, podía servirnos una copa, sí, para eso estaba él allí, desde hace cuarenta años, además, pero precisamente por eso, porque llevaba ahí esos cuarenta años sirviendo copas en ese lugar, nos aconsejaba muy amablemente no probar ni una gota de agua ahora. Los viejos tiempos de los antiguos propietarios, ah, ésos sí que fueron buenos tiempos, pero resulta que ahora unos coreanos o unos surcoreanos o unos japoneses o sabe Dios quiénes, porque ya nos estábamos yendo y al viejito ese apenas si se le lograba oír un lamentable tono de voz y estado de ánimo, más algo de la misma antigüedad virtuosa que yo había vislumbrado, momentos antes, en mi viaje a las tripas del gastado Maury; en fin, que los nuevos propietarios y los nuevos tiempos y... Pero Anita y yo ya nos habíamos escapado por una de esas escaleras de salvación y andábamos camino a algo menos triste y solitario y final. Pobre viejo barman, nos había conmovido y le habíamos dado las gracias, pero en su local, aquel atardecer de domingo, apenas si quedaba la luz bañada en nostalgia y pena de sus ojos muy negros y fatigados, y nosotros queríamos regresar del todo del infierno.

El rostro, una geografía del dolor



Es innegable la íntima relación que se establece entre el rostro y el cuerpo o, mejor aún, entre la vida del cuerpo (sus maneras, sus posturas, su anatomía, sus reacciones, sus tendencias) y la gestualidad del rostro. En realidad, en este último se concentran las intensidades y las pasiones que sufre el cuerpo, a tal grado que el rostro es un portavoz, a veces su propia imagen: *No me pidas que cuando baile, sonría, lllore o exprese amor si mi cuerpo no me ha ordenado estos sentimientos...* expresaba una bailarina antes de salir a escena.

En el universo de Frida Kahlo, la relación que existe entre el cuerpo y la cara es una relación de tensión y de fuerza; las intensidades físicas a las cuales su cuerpo estuvo sometido, la llevaron a crear una pintura de expresiones modeladas por la espera de la muerte. Es el cuerpo, no el rostro, que habiendo pasado por una serie de afecciones intensas —la enfermedad, el accidente, las operaciones quirúrgicas— hace que su imagen sea representada con un profundo sentimiento de dolor y de destrucción. Es el cuerpo, pues, el que concentra toda la expresividad, por el contrario, el rostro permanece sin sentido, mudo, en un terreno donde la expresión ha quedado reducida a cero. En sus composiciones existe un exceso de expresividad en el cuerpo, a lo que su rostro responde como algo desierto, vacío, el grado cero de la expresión que anuncia de lejos a la muerte: *construir un rostro, no imposible o insensible, sino como un salido del agua, carente de sentido, es una manera de responder a la muerte*, escribe Roland Barthes.

A pesar de ese largo camino interior hacia la búsqueda del cuerpo, esta mujer concentra su vida, paradójicamente, en el rostro; sus autorretratos revelan una extraordinaria vitalidad canalizada por la única actividad que sus condiciones físicas le permitieron desarrollar: parálisis, sentada siempre frente a su caballete, tenía que cambiar continuamente de posición a tal punto que el día de trabajo se hacía doblemente difícil, casi heroico. De este modo, la temática de sus creaciones está cen-

trada particularmente en el autorretrato, género que le permitía establecer un proceso de autocomunicación consigo misma, tanto como modelo que como pintora: *Me pinto a mí misma porque soy la persona que conozco mejor*.

Resultado de un minucioso examen de los rasgos de su cara, como si fuera una verdadera disección, sus retratos llevan la marca de un mundo cerrado y obsesivo que no es más que la huella de su mismo encierro. En varios de ellos, en aquellos donde está de cuerpo entero, como el *Autorretrato con cabellos cortos* y el *Retrato de Frida y el doctor Furril*, su imagen da la impresión de haber quedado inmovilizada segundos antes de descubrir el cuadro, una especie de parálisis del cuerpo provocado por la irrupción de algo terrible; se diría que el ojo perverso de una cámara fotográfica la hubiera atrapado con su violento disparo. En efecto, nada más cruel que una inmovilización, que una suspensión violenta del flujo de las sensaciones; así como si alguien acabara de fotografiarla, su cuerpo aparece capturado justo después de haber ocurrido algo doloroso e injusto, como el cortarse su cabellera en un acto de rebeldía en su *Autorretrato con cabellos cortos*. Esta inmovilización o fijación de la imagen del cuerpo, que hace pensar en una fotografía y en la que surge la rigidez de su rostro, pudiera tener acaso por origen la rigidez y la parálisis real del cuerpo de la pintora. Sea como fuere, *el rostro es un cuerpo herido; los accidentes de afuera y los accidentes del interior del cuerpo lo modelan y le dan forma*. En los retratos de Frida Kahlo su cara surge como una geografía del dolor: *el sufrimiento interno del cuerpo, el miedo y la fascinación por la muerte terminaron por modelar su imagen*.

Araceli Rico Cervantes. Doctorada en Historia del Arte Contemporáneo en la Universidad de la Sorbona de París.



Antonio Cisneros



Antonio Cisneros (Lima 1942). Poeta, periodista, cronista, guionista, catedrático y traductor. Entre otros, ha publicado los poemarios: *Desierto* (1961), *David* (1962), *Comentarios reales* (Premio Nacional de Poesía - 1964), *Canto ceremonial contra un oso hormiguero* (Premio Casa de las Américas - 1968), *Agua que no has de beber* (1971), *Como higuera en un campo de golf* (1972), *El libro de Dios y de los húngaros* (1978), *Crónicas del Niño Jesús de Chilca* (Premio Rubén Darío - 1981), *Poesía reunida* (1996), *Postales Para Lima* (1991), *Poesía* (3 volúmenes) (2001), *Comentarios reales* (2003), *Como un carbón prendido entre la niebla* (2007), *Un Crucero a las Islas Galápagos* (2005, 2007), *A cada quien su animal* (2008), *El caballo sin libertador* (2009).

Dos Soledades

I. Hampton Court

Y en este patio, solo como un hongo, adónde he de mirar.

Los animales de piedra tienen los ojos abiertos sobre la presa enemiga ciudades puntiagudas y católicas ya hundidas en el río hace cien lustros se aprestan a ese ataque. Ni me ven ni me sienten. A mediados del siglo diecinueve los últimos veleros descargaron el grano. Ebríos están los marinos y no pueden oírme las quillas de los barcos se pudren en la arena.

Nada se agita. Ni siquiera las almas de los muertos número considerable bajo el hacha, el dolor de costado, la diarrea. Enrique El Ocho, Tomás Moro, sus siervos y mujeres son el aire quieto entre las arcadas y las torres, en el fondo de un pozo sellado. Y todo es testimonio de inocencia. Por las 10.000 ventanas de los muros se escapan el león y el unicornio. El Támesis cambia su viaje del Oeste al Oriente. Y anochece.

II. Paris Se

"Amigo, estoy leyendo sus antiguos versos en la terraza del Norte.

El candil parpadea. Qué triste es ser letrado y funcionario. Leo sobre los libros y flexibles campos de arroz. Alzo los ojos y sólo puedo ver los libros oficiales, los gastos de la provincia, las cuentas amarillas del Imperio".

Fue en el último verano y esa noche llegó a mi hotel de la calle Sommerard.

Desde hacía dos años lo esperaba. De nuestras conversaciones apenas si recuerdo alguna cosa. Estaba enamorado de una muchacha árabe y esa guerra la del zorro Dayán le fue más dolorosa todavía. "Sastre está viejo y no sabe lo que hace" me dijo y me dijo también que Italia lo alegró con una playa sin turistas y erizos y aguas verdes llenas de cuerpos gordos, brillantes, laboriosos, "Como en los baños de Barranco". Y una glorieta de palos construida en el 1900 y un plato de cangrejos. Había dejado de fumar. Y la literatura ya no era más su oficio.

El candil parpadeó cuatro veces. El silencio crecía robusto como un buey. Y yo por salvar algo le hablé sobre mi cuarto y mis vecinos de Londres. De la escocesa que fue espía en las dos guerras, del portero, un pop singer, y no teniendo ya nada que contarle, maldije a los ingleses y callé. El candil parpadeó una vez más. Y entonces sus palabras brillaron más que el lomo de algún escarabajo. Y hablé de la Gran Marcha sobre el río Azul de las aguas vueltas, sobre el río Amarillo de las corrientes frías. Y nos vimos fortaleciendo nuestros cuerpos con saltos y carreras a la orilla del mar, sin música de flautas o de vinos, y sin tener otra sabiduría que no fuesen los ojos. Y nada tuvo la apariencia engañosa de un lago en el desierto. Mas mis dioses son flacos y dudé. Y los caballos jóvenes se perdieron atrás de la muralla, y él no volvió esa noche al hotel de la calle Sommerard. Así fueron las cosas Dioses lentos y difíciles, entrenados para mordirme el hígado todas las mañanas. Sus rostros son oscuros, ignorantes de la revelación. "Amigos, estoy en la Isla que naufraga al norte del Canal y leo sus versos, los campos del arroz se han llenado de muertos. Y el candil parpadea".

Soy el favorito de mis

4 abuelos

Si estiro mi metro ochentitantos en algún hormiguero y dejo que los animalitos construyan una ciudad sobre mi barriga puedo permanecer varias horas en ese estado y corretear por el centro de los túneles y ser un buen animalito, lo mismo ocurre si me entiero en la pepa de algún melocotón habitado por rápidas lombrices. Pero he de sentarme a la mesa y comer cuando el sol esté encima de todo: hablarán conmigo mis 4 abuelos y sus 45 descendientes y mi mujer, y yo debo olvidar que soy un buen animalito antes y después de las comidas y siempre

El reposo de un jesuita

Y quién puede saber, a ciencia cierta, si el dulce animalito que pasta entre su tráquea está llorando. A primera vista, el cuerpo permanece con los poros abiertos y en la misma posición desde hace tres semanas (casi un siglo). Igual que una columna tallada de granito tumbada entre la hierba, cubierta a medias, levemente, por las sábanas y una frazada de color melón. Los deudos y unas pocas planiferas (rentadas a buen precio) sólo ven la columna tallada de granito tumbada entre la hierba, cubierta a medias, levemente, por las sábanas y una frazada de color melón.

En qué rincón del páncreas aletean los diablos de Lutero. En dónde los llamados oscuros y gozosos de la peluda pelvis. En medio del silencio (una libélula de sondas amarillas y un gran pulmón de acero) reventan los aullidos y bramidos y beridos y maullidos y gruñidos y balidos y mugidos y ladridos y rugidos y chillidos y alaridos. Eso depende de cuál de sus animalitos se despierta. A menudo, también, los gritos de la bestia desollada (columna de granito) se pueden confundir con los jadeos de amor apasionado. Fantasmas que perturban el silencio de la mañana azul del hospital.

Tranvía nocturno

Sido como fui el fauno real de Niza, la pantera -de Argel- en el Hyde Park, gárgola alegre del valle de Huamanga, oh vedme convertido en el gorgojo tuerto del Danubio: pimientos y vigiliás sin rumbo y sin respuesta. Virgen necia entre las vírgenes prudentes, un solo ojo apestado que no vea cielo atrás del cielo, el triunfo de los hombres que vendrán. Sin lámpara de aceite que descubra las más verdes colinas en los ojos de un borracho fondeado en el tranvía a la hora del búho. Campos de ámbar y avena que no oteo, gorgojo que ahora evito: No hay días venideros, apenas un tranvía cargado de borrachos como un carbón prendido entre la niebla.

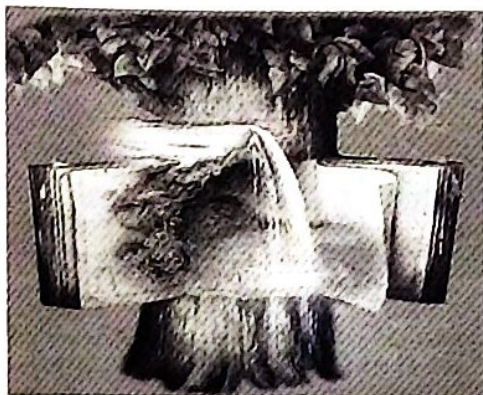
Entre los cangrejos

muertos ha muchos días

Mi cama tiene 5 kilómetros de ancho -o de largo- y de largo -o de ancho, depende si me tumbo con los pies hacia las colinas o hacia el mar- unos 14. Iba a seguir "ahora estoy desnudo" y no es verdad, llevo un traje de baño, de los viejos, con la hebilla oxidada. Y cuando el lomo de la arena se enfría bajo el mío ruedo hacia el costado donde la arena es blanda y caliente todavía, y otra vez sobre mi largo pellejo rueda el sol.

Antonio Cisneros ha recibido hace pocos días el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda. Importante homenaje del Gobierno de Chile y la Fundación Pablo Neruda a los más destacados poetas de la lengua castellana. La poesía de Cisneros -afirma el afamado crítico peruano Julio Ortega- es una de las más importantes versiones latinoamericanas del nuevo coloquio urbano, a la vez crítico y lírico, de poderosa persuasión dramática y de inteligente diseño formal. A partir de un confesionalismo nunca enfático, Cisneros utilizó los instrumentos del distanciamiento irónico y el habla diferida para levantar un escenario de la zozobra histórica y cultural del hispanoamericano moderno frente a su tradición y dentro de la periferia de occidente. A la vez, su poesía recobra instancias de ironía y agonía en una suerte de comedia urbana, en aguda crítica de la burguesía dominante; recobra también los ecos de un relato colectivo, marcado por las urgencias del presente.

El celular de Hansel y Gretel



Anoche le contaba a mi hija Nina un cuento infantil muy famoso, el de *Hansel y Gretel* de los hermanos Grimm. En el momento más tenebroso de la aventura, los niños descubren que unos pájaros se han comido las estratégicas bolitas de pan, un sistema muy simple que los hermanitos habían ideado para regresar a casa. Hansel y Gretel se descubren solos en el bosque, perdidos, y comienza a anochecer. Mi hija me dice, justo en ese punto de clímax narrativo: *No importa. Que lo llamen al papá por el celular.*

Yo entonces pensé, por primera vez, que mi hija no tiene una noción de la vida ajena a la telefonía inalámbrica. Y al mismo tiempo descubrí qué espantosa resultaría la literatura —toda ella, en general— si el teléfono móvil hubiera existido siempre, como cree mi hija de cuatro años.

Cuántos clásicos habrían perdido su nudo dramático, cuántas tramas hubieran muerto antes de nacer, y sobre todo qué fácil se habrían solucionado los intrínsecos más célebres de las grandes historias de ficción.

Piense el lector, ahora mismo, en una historia clásica, en cualquiera que se le ocurra. Desde la *Odisea* hasta *Pinocho*, pasando por *El viejo y el mar*, *Macbeth*, *El hombre de la esquina rosada* o *La familia de Pascual Duarte*. No importa si el argumento es elevado o popular, no importa la época ni la geografía.

Piense el lector, ahora mismo, en una historia clásica que conozca al detalle, con introducción, con nudo y con desenlace. ¿Ya está?

Muy bien. Ahora ponga un celular en el bolsillo del protagonista. No un viejo aparato negro empotrado en una pared, sino un teléfono como los que existen hoy: con cobertura, con conexión a correo electrónico y chat, con saldo para enviar mensajes de texto y con la posibilidad de realizar llamadas internacionales cuatridañadas.

¿Qué pasa con la historia elegida? ¿Funciona la trama como una seda, ahora que los personajes pueden llamarse desde cualquier sitio, ahora que tienen la opción de chatear, generar videoconferencias y enviarse mensajes de texto? ¿Verdad que no funciona un carajo?

La niña, sin darse cuenta, me abrió anoche la puerta a una teoría espeluznante: la telefonía inalámbrica va a hacer añicos las viejas historias que narremos, las convertirá en anécdotas tecnológicas de calidad menor.

Con un teléfono en las manos, por ejemplo, *Penélope* ya no espera con incertidumbre a que el guerrero *Ulises* regrese del combate. Con un móvil en la canasta, *Caperucita* alerta a la abuela a tiempo y la llegada del leñador no es necesaria. Con telefonito, el Coronel sí tiene quién le escriba algún mensaje, aunque fuese spam.

Y *Tom Sawyer* no se pierde en el Mississippi, gracias al servicio de localización de personas de Telefónica. Y el chanchito de la casa de madera le avisa a su hermano que el lobo está yendo para allí. Y *Gepetto* recibe una alerta de la escuela, avisando que *Pinocho* no llegó por la mañana.

Un enorme porcentaje de las historias escritas (o canta-

das, o representadas) en los veinte siglos que anteceden al actual, han tenido como principal fuente de conflicto la *distancia*, el *desencuentro* y la *incomunicación*. Han podido existir gracias a la ausencia de telefonía móvil. Ninguna historia de amor, por ejemplo, habría sido trágica o complicada, si los amantes esquivos hubieran tenido un teléfono en el bolsillo de la camisa.

La historia romántica por excelencia (*Romeo y Julieta*, de Shakespeare) basa toda su tensión dramática final en una incomunicación fortuita: la amante finge un suicidio, el enamorado la cree muerta y se mata, y entonces ella, al despertar, se suicida de verdad. (Perdón por el spoiler). Si Julieta hubiese tenido teléfono móvil, le habría escrito un mensajito de texto a Romeo en el capítulo seis: *M HGO LA MUERTA, PERO NO TOY MUERTA. NO T PRUCUPES NI HGAS IDIOTCS. BSO.*

Y todo el grandísimo problemón dramático de los capítulos siguientes se habría evaporado. Las últimas cuarenta páginas de la obra no tendrían galleta, no se hubieran escrito nunca, si en la Verona del siglo catorce hubiera existido la promoción 'Banda ancha móvil' de Movistar. Muchas obras importantes, además, habrían tenido que cambiar su nombre por otros más adecuados.

La tecnología, por ejemplo, habría desterrado por completo la soledad en *Aracataca* y entonces la novela de García Márquez se llamaría 'Cien años sin conexión': narraría las aventuras de una familia en donde todos tienen el mismo nick (buenid23, a.buendia, aureliano_goodmorning) pero a nadie le funciona el Messenger.

La famosa novela de James M. Cain —'El cartero llama dos veces'— escrita en 1934 y llevada más tarde al cine, se llamaría 'El gmail me duplica los correos entrantes' y versaría sobre un marido cornudo que descubre (leyendo el historial de chat de su esposa) el romance de la joven adúltera con un forastero de malvivir.

Samuel Beckett habría tenido que cambiar el nombre de su famosa tragicomedia en dos actos por un título más acorde a los avances técnicos. Por ejemplo, 'Godot tiene el teléfono apagado o está fuera del área de cobertura', la historia de dos hombres que esperan, en un páramo, la llegada de un tercero que no aparece nunca o que se quedó sin saldo. En la obra *El jorjape de Dorian Gray*, Oscar Wilde contaría la historia de un joven que se mantiene siempre lozano y sin arrugas, en virtud a un pacto con Adobe Photoshop, mientras que en la carpeta Images de su teléfono una foto de su rostro se pixela sin remedio, paulatinamente, hasta perder definición.

La bruja del clásico *Blancanieves* no consultaría todas las noches al espejo sobre 'quién es la mujer más bella del mundo', porque el coste por llamada del oráculo sería de 1.90 la conexión y 0,60 el minuto; se contentaría con preguntarlo una o dos veces al mes. Y al final se cansaría. También nosotros nos cansaríamos, nos aburriríamos, con estas historias de solución automática. Todas las intrigas, los

secretos y los destiempos de la literatura (los grandes obstáculos que siempre generaron las grandes tramas) fracasarían en la era de la telefonía móvil y del wifi.

Todo ese maravilloso cine romántico en el que, al final, el muchacho corre como loco por la ciudad, a contra reloj, porque su amada está a punto de tomar un avión, se soluciona hoy con un SMS de cuatro líneas.

Ya no hay ese apuro cursi, ese remordimiento, aquella explicación que nunca llega; no hay que detener a los aviones ni cruzar los mares. No hay que dejar bolitas de pan en el bosque para recordar el camino de regreso a casa.

La telefonía inalámbrica —vino a decirme anoche la niña, sin querer— nos va a entorpecer las historias que contemos de ahora en adelante. Las hará más tristes, menos sossegadas, mucho más predecibles.

Y me pregunto, ¿no estará acaso ocurriendo lo mismo con la vida real, no estaremos privándonos de aventuras novelescas por culpa de la conexión permanente? ¿Alguno de nosotros, alguna vez, correrá desesperado al aeropuerto para decirle a la mujer que ama que no suba a ese avión, que la vida es aquí y ahora?

No. Le enviaremos un mensaje de texto lastimoso, un mensaje breve desde el sofá. Cuatro líneas con mayúsculas. Quizá le haremos una llamada perdida, y cruzaremos los dedos para que ella, la mujer amada, no tenga su telefonito en modo vibrador.

¿Para qué hacer el esfuerzo de vivir al borde de la aventura, si algo siempre nos va a interrumpir la incertidumbre? Una llamada a tiempo, un mensaje binario, una alarma. Nuestro cielo ya está infectado de señales y secretos: cuidado que el duque está yendo allí para matarte, ojo que la manzana está envenenada, no vuelvo esta noche a casa porque he bebido, si le das un beso a la muchacha se despierta y te ama. Papá, ven a buscarnos que unos pájaros se han comido las migas de pan.

Nuestras tramas están perdiendo el brillo —las escritas, las vividas, incluso las imaginadas— porque nos hemos convertido en héroes perezosos.

Hernán Casciari. 1971. Escritor y periodista argentino. Autor de Más respeto que soy tu madre que interpreta con éxito Antonio Gasalla.



Aldolfo Calvo Romero

LA MAQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo republicano

Escritores representativos

Benjamín Blanco. Abogado, parlamentario, periodista y poeta que también desempeñó la docencia con honrosos resultados. Nació en Cochabamba, el 28 de diciembre de 1832, y falleció en la misma ciudad, transponiendo el siglo XX, en 1902. Se tituló como abogado en su ciudad natal en 1854. Fue Vocal de la Corte Superior de Distrito, Cancelario de la Universidad Mayor de San Simón y Presidente del Concejo Municipal. En reconocimiento de los servicios a la instrucción pública, el Senado lo distinguió con una medalla de oro en 1888.

Publicó gran parte de sus trabajos literarios y escritos periodísticos en la *Revista de Cochabamba* y en *La Prensa*. Después del poeta José Bustamante, Blanco fue el segundo poeta admitido como correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española, en 1892.

Fue conocido como poeta místico y festivo. Entre sus poemas piadosos sobresale el soneto que le dedica a la Virgen María:

A la Virgen Santísima

*Madre de un Dios Eterno, Virgen pura,
consuelo del mortal y su alegría,
te invoco a ti, purísima María,
con la fe que me inspira tu ternura.*

*A ti, que eres la fuente de dulzura
y socorres benigna al que en ti flía,
te ruego que me ampares, Madre mía,
y que tengas piedad de mi amargura.*

*Alcánzame perdón del Redentor,
es tu Hijo amado y no te niega nada,
eres su Madre y te ama con ardor.*

*Tú siempre has sido y eres mi abogada,
por tu Hijo no niegues tal favor
y que mi alma por ti sea salvada.*

Asimismo, Blanco fue un poeta muy celebrado por su ingenio y chispa humorística, como se puede apreciar en sus composiciones epigramáticas. Al respecto, su antologador Cossío Salinas dice: *Escritor de sabrosos epigramas en los cuales satiriza la política nacional y ciertas costumbres de nuestro pueblo. Sin duda, en el género festivo se puede encontrar lo mejor de su obra poética, siempre fresca y jovial.*

Por su parte, Félix Antonio del Granado, en sus *Ensayos Literarios* (1928), compara la orientación temática de Blanco con la del poeta español Francisco de Quevedo en los siguientes términos: *Dos son las musas que inspiraron a Quevedo: las bellas del cristianismo y la faz cómica de las pasiones humanas. La grande inteligencia del poeta, después de las horas de reconcentración en que se dedicaba a escribir La introducción a la vida devota; La política de Dios; La vida del apóstol San Pablo y la de Santo Tomás de Villanueva, se detenía a considerar las debilidades y flaquezas del carácter humano y, teniendo en cuenta que se corrige riendo, el poeta reía. Dos son también las notas más sonoras que predominan en la lírica de Blanco: el acento místico y la sonrisa cómica.*

Como se aprecia en Manuel José Cortés y otros poetas del romanticismo, en los Epigramas de Blanco, la ironía y la burla surgen escritos a vuelo de pluma, con versificación octosilábica y de fácil comprensión. Yolanda Bedregal recoge estos Epigramas distinguiéndolos únicamente con números ordinales, en tanto Plácido Molina y Emilio Finot, los recogen con títulos, como muestran los siguientes ejemplos:

A cada perro su collar

*Un letrado que la palma
pretende de la elocuencia,
afirma que la conciencia
es el espejo del alma.
Y de este abogado viejo,
por el cual no hay quien abogue,
es la conciencia un espejo...
pero espejo sin azogue.*

Este cura no tiene cura

*Sordo o sordido es cualquiera,
los hay muchos en el mundo;
mas Pedro es sordo profundo,
porque es sordo de mollera.*

Sin razón

*No es justo que murmure
tanto la gente
de los que buscan puesto
que mucho rente:
razón bien gorda
tienen, pues ningún perro
lamiendo engorda.*

Casta de ventrílocuos

*Entre los hombres existen
de ventrílocuos dos castas:
unos hablan por el vientre,
otros por el vientre hablan.*

Don Gil majadero

*Don Gil, aquel majadero,
se precia de literato.
Hizo unas coplas muy malas
de sus Filis al zapato.*

*Violos Diego, y dijo al punto:
-Está el numen del poeta
a la altura del asunto.*

